

labra á los soldados diciendo que les perdonaba porque no sabían lo que hacían asesinando á los que les daban libertad; que deseaba que su sangre no fuera vengada; que la muerte no le aterraba; que aceptaba gustoso el sacrificio



de su vida si había de servir para implantar el orden y la libertad en su patria...

No pudo seguir; al oficial le pareció que aquello duraba demasiado, y levantó la espada para ordenar la descarga que acabó con el fogoso republicano.

Pero ya no podían los ejecutores entretenerse en perfiles, ni oír peroraciones, ni gastar complacencias con los moribundos. Ya era noche cerrada y había que terminar la labor.

En montón se llevó á los paisanos Rodríguez, Esquivel, Chávez, Tellechea, Becerril, Vargas y López, y los italianos Kisser y Nervis, hasta completar *cincuenta y tres*.

Repentinamente la puerta se abrió y metieron á un pobre viejo claudicante y muerto de miedo; á empujones le sujetaron al pie de gallo y le fusilaron.

Largo rato batallé por recordar quién podía ser aquel desgraciado, pero no lo logré. Ya desesperaba, cuando un rayo de luz hirió mi memoria: era el viejo que guiando una pareja de bueyes tísicos se entretenía en sembrar su terrenito á la hora que caían las bombas á su alrededor.

Casos como éste los hubo á montones. Dos niños apellidados Smith, hijos de un caballero americano y de una señora mexicana, llegaron del interior para ingresar á un colegio de México. Como encontraron obstruido el camino, se detuvieron en Tacubaya, y con la curiosidad propia de sus años anduvieron recorriendo el terreno una vez pasada la acción.

El verlos alegres, bien vestidos, rubios, fueron motivos bastantes para llevarlos al Arzobispado y fusilarlos inhumanamente.

Un niño de diez años á quien su madre había puesto blusa roja para recrearse mirándole, discurría por las calles desde que cesó el fuego. Dos dragones de grandes barbas, llenos de cicatrices honrosas, acometieron una

hazaña que no dejará de anotarse en su hoja de servicios: hacer pedazos á lanzadas al inocente.

El coronel Bello miraba ya los fusiles listos á dispararse contra él, cuando se alzó como inspirado y gritó:

— ¡Alto! no disparen; tengo que hacer una revelación al General en jefe. Bajaron las armas los soldados, creyendo que iban á tener manera de añadir nuevas víctimas á las que llevaban hechas; pero Bello, empujando á dos de los carniceros, saltó una pared, cayó á un barranco y se escapó entre una granizada de balas.

Sólo quedábamos en el patio el profesor de gimnasia don Feliciano Chavarría, dos ingleses empleados en el ferrocarril y yo, cuando llegó á todo correr un ordenanza y entregó un pliego á Daza Argüelles. El malvado pareció espantarse, subió á caballo cayendo sobre la silla como un odre que se deshinchara, y partió rumbo á México.

Yo no pensaba, no calculaba, no sabía nada; ni hablaba ni escuchaba, ni me movía ni quería moverme. Uno de los ingleses daba vueltas en el espacio no ocupado por los cuerpos de los muertos, otro fumaba un habano; los matadores descansaban durmiendo ó aletargados. ¡No había sido floja la obra!

Y entretanto oía la voz de las hermanas que con velas en la mano rezaban cerca del fúnebre montón:

«Librad, Señor, su alma de todos los peligros del infierno y de todo mal. Amén.



... con velas en la mano rezaban cerca del fúnebre montón ...

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Enoch y á Elías de la muerte común á todos los hombres. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Noé del Diluvio. Amén.

»Librad, Señor, su alma como sacasteis á Abraham de Ur en Caldea. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Jacob de sus padecimientos. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á Daniel de la caverna de los leones. Amén.

»Librad, Señor, su alma como librasteis á los tres niños del horno ardiente y del poder de un rey impío. Amén.

»Y como librasteis á la bienaventurada Tecla, Virgen y Mártir, de los más atroces tormentos, dignaos librar el alma de vuestro servidor y admitirla á participar con vos de los bienes celestes. Amén.»

.....

«Socorred su alma, oh Santos de Dios; venid á su encuentro, ángeles de Dios; recibidla y presentadla al Todo poderoso... Que Cristo que os ha llamado, os reciba; y que los ángeles os introduzcan en el seno de Abraham... Recibidla. Dadle, Señor, el eterno reposo y que la perpetua luz la ilumine. Presentadla...»

Y las cofias blancas, y las pardas estameñas, y los rosarios repiqueteadores y las velas de cera y los ojos negros que leían y lloraban, iban de aquí para allá, des-

cubriendo un difunto bajo un emparrado, otro arrimado á una pared, otro recargado junto á un árbol, y muertos por todas partes, en posturas raras, ya rígidos, ya incapaces de sujetarse á esa posición en que los colocan el amor y la piedad.

Pero de mi inconsciencia, de mi idiotismo, brotó á la vista de aquellos horrores un raudal desconocido que socavó la roca que pesaba sobre mí y me inundó ojos, mejillas y boca de un líquido tibio y salobre que vertí hasta desahogarme.

Luego, uno de los ingleses se me acercó:

— *¿Sente un cabaya?* me dijo.

En efecto, galopaba un caballo y había hecho alto en nuestro departamento un jinete que entró á poco y dió un papel al jefe del punto, que cuando lo leyó dijo:

— Se suspenden las ejecuciones y los señores van presos á México.

Nos levantamos como impelidos por un resorte, se levantaron también los ejecutores, y uno, tomándome del brazo, quiso llevarme al pie de gallo.

— Bruto, ¿no has oído que se suspende todo?

— Perdone, mi jefe, contestó el facineroso; yo creíba que todo seguía, y como estaba dormido...

Ya salíamos, cuando el mismo salvaje dijo al oficial:

— Mi capitán, uno de los *dijuntos entoavía* resuella...

Y el muy infame dió de culatazos en la noble cabeza de mi amigo el poeta mártir.

Mientras nos preveníamos para la marcha, los oficiales que nos habían de conducir se referían sus impresiones de la jornada. Miramón, que regresaba de Veracruz, había llegado al campo de batalla en el momento en que terminaba el encuentro, y había ceñido á Márquez la banda de general de División que portaba; se hacían regios preparativos para la entrada de las tropas, y se cantarían *Te Deums* por la victoria; se regalaría á Márquez una banda roja, color de sangre, y las señoras más distinguidas le arrojarían flores.

De los fugitivos, poco se sabía; en Atzacapotzalco habían estado don Santos y Juan José Baz. El exgobernador del Distrito iba ardiendo de calentura y había pedido el auxilio de un médico... A pesar de eso, seguía con sus impías chanzas; había anunciado que pronto volvería sobre México y que haría celebrar un baile de máscaras en la catedral, presentando á la concurrencia un espectáculo nuevo: un reaccionario y un fraile colgados alternativamente de los árboles del atrio.

Habían caído en poder de los reaccionarios el archivo de Degollado, su banda y su casaca; ya estaban las prendas de vestir recibiendo el lodo que les arrojaba el vulgo en las afueras del Palacio.

A pie y en medio de las dos filas de caballos emprendimos el camino los cuatro prisioneros.

La noche era cerrada y obscura; el trueno remugaba

á lo lejos; los torrentes cantaban su eterna melopea; los pies se hundían en el lodo del suelo y los ojos en la negrura del espacio; ni siquiera un relámpago rayaba la enorme pizarra que gravitaba sobre nuestras cabezas.

Y mientras tanto yo, silencioso y triste, pensaba que más negra, más horrenda, más cerrada es la noche que cubre á nuestra patria. Pero ¿acaso, como la naturaleza resucitará mañana al conjuro del sol, no tenemos derecho de esperar que también descienda el conjuro del sol de la libertad, para dar vida á un México nuevo, glorioso y feliz como lo buscamos? Tuyo siempre. — JUAN.



PAUTA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

DE EL GOLPE DE ESTADO

	PÁGS.
El cuarto era chiquito, pero albeando de limpieza	15
Hasta la escalera del Palacio marchamos juntos	32
A media noche leyó Prieto unos versos	53
Por fin salió la incógnita acompañada hasta la puerta de la calle.	73
D. Guillermo Prieto	88
Me cogió de la capa, y dejándola en sus manos	108
Cerca de la Catedral había un inmenso grupo de gentes que leían.	133
— Quien lo toma por donde quema es usted, grandísimo bribón.	144
Cuando pasaron por el curato, los recibió con una descarga . . .	170
... y extendiendo las manos, dijeron á un tiempo: ¡Sí, juramos!	177
Pasaba la procesión del Santo Entierro	200
A éste le habían matado el padre; á aquél le habían <i>jurtado</i> la madre	221
De hoy en adelante no más galas	245
— ¿Ha probado bien el agua?	267
D. Benito Juárez	285
Entonces soñé que Safo trataba de dar el golpe de Estado . . .	301
D. Miguel Lerdo de Tejada	316
Eran Miramón y Osollos, que corrían á la Ciudadela	336
Las tropas reaccionarias entraban en ese momento	351
Se introducía la hueste de Calderón en los cuerpos contrarios . .	362
... estaba un grupo de <i>pepenadores</i> rodeando un cuerpo	367
D. Melchor Ocampo	384
D. José María Calderón	393